

16. El extraordinario doblez mental del profesor Taylor¹⁰²

Nadie puede decir que John Taylor, profesor de matemáticas de Kings College, Universidad de Londres, no sea una personalidad brillante y pintoresca. Nació en el año 1931 en Hayes, Kent, hijo de un químico orgánico. Tras doctorarse en la Universidad de Cambridge, dio clase de matemáticas y física en numerosos centros docentes británicos y estadounidenses, incluyendo su tarea como profesor de física en la Universidad de Rutgers. Sus artículos técnicos (más de cien) exhiben un amplio abanico de intereses que incluyen la matemática pura, física de partículas, cosmología e investigación cerebral.

Hay otra faceta más del profesor Taylor que podría caracterizar como la de un actor histriónico que se nutre de la adulación de las masas y de la publicidad personal. Durante su estancia en Estados Unidos, estudió interpretación en el Berghof Herbert Studio, en Manhattan, y durante una temporada fue «asesor sexológico» de la revista *Forum*. En Inglaterra, sus constantes apariciones en programas de radio y televisión le convirtieron en tal celebridad que en el año 1975, cuando la prestigiosa revista británica *New Scientist* realizó un sondeo entre sus lectores para determinar los veinte científicos más importantes del mundo, Taylor estaba en la lista. En la portada de la revista aparecía su fotografía junto a los rostros de ¡Arquímedes, Darwin, Einstein, Galileo, Newton y Pasteur!

Taylor se ocupa, asimismo, de escribir libros de divulgación científica, de los que el más conocido fue el *best-seller* internacional *Black Holes* (Agujeros negros) (1973). No es una mala introducción a la teoría del agujero negro, pero hacia el final del libro Taylor da rienda suelta a cantidad de caprichosas conjeturas. Considera bastante posible, por ejemplo, que la tierra fuera visitada por extraterrestres en un pasado lejano, y éstos vinieran en naves espaciales conducidas por «generadores de potencia de agujero negro». Igualmente, nos dice que Saturno es el planeta que con mayor probabilidad pudieron utilizar aquellos «alienígenas de

elevada gravedad» como estación intermediaria en sus exploraciones de nuestro sistema solar.

En su último capítulo, Taylor considera la posibilidad de que nuestras almas sean formas estructuradas de energía capaces de pasar de un cuerpo a otro. Nos recuerda que el universo posee dos destinos posibles. Puede expandirse a perpetuidad hasta morir de la conocida «muerte por calor» termodinámica, o puede entrar en una fase de contracción y acabar siendo eliminado de la existencia por un agujero negro. En cualquier caso, independientemente de lo que quede «lo que sí puede decirse con gran realismo es que merece la pena tener alma». Sin embargo, el universo puede resurgir tras el gran crujido. «La única posibilidad de inmortalidad entonces está en un universo oscilante. Y aun en él, la vida eterna no tendrá la forma usual, sino que será una vida que no permita relación alguna entre un ciclo y el siguiente, debido al enorme revoltillo de materia de la fase colapsada. Es posible que las almas tengan que echar a suertes a cuáles, de entre la diversidad de cuerpos, van a habitar en vidas subsiguientes. Esto, desde luego, a menos que intervenga la mano de Dios para llevar a cabo sus maravillas.»

Hay otra posibilidad de inmortalidad. Según Taylor, cuando alguien cae en un agujero negro, podría emerger en un universo paralelo. Esto, sin embargo, presenta un gran inconveniente. Cuando dos «amigos íntimos» caen en agujeros diferentes, podrían encontrarse en universos separados sin posibilidad alguna de reunión. «Así que siempre existe la posibilidad de que la inmortalidad obtenida tras caer en un agujero negro rotativo sea muy solitaria.»

A la vista de una especulación tan caprichosa como ésta, a nadie sorprendió que en 1973, cuando Taylor apareció en un programa de televisión de la B.B.C. con Uri Geller, quedara tan asombrado por la magia de Geller que se convirtiera en un instante a la realidad de la PES y PC. Geller hizo su conocido truco de duplicar un dibujo que se hallaba dentro de un sobre cerrado. «Ningún método conocido por la ciencia puede explicar su revelación de ese dibujo», escribió Taylor con su acostumbrado dogmatismo. La mandíbula del profesor se arqueó aún más cuando

Geller rompió un tenedor dándole un golpecito. «Esta forma de doblar el metal es demostrablemente reproducible —declaraba Taylor más tarde—, y ocurre casi siempre que Geller lo desea. Además, parece ser que puede transmitirse a otros lugares, incluso a cientos de millas de distancia.»

«Me sentí —dijo Taylor en sus declaraciones más frecuentemente citadas— como si todo el esquema que yo tenía del mundo se hubiera venido abajo de repente. Me veía a mí mismo desnudo y vulnerable, rodeado por un universo hostil e incomprensible. Transcurrieron muchos días antes de que yo consiguiera hacer frente a esta sensación.»

Aunque Taylor presentaba una ignorancia suprema en lo que concierne a métodos de magia, y tampoco es que hiciera el más mínimo esfuerzo por ilustrarse, sin pensarlo dos veces se puso a trabajar, examinando a niños pequeños que hubieran desarrollado cierto talento para doblar metales después de ver a Geller en la televisión. Los controles de Taylor eran increíblemente inadecuados. Por ejemplo, los niños debían introducir clips en sus bolsillos y posteriormente sacar uno retorcido. No obstante, Taylor estaba convencido de que cientos de muchachos en Inglaterra tenían el poder mental necesario para deformar objetos metálicos. Curiosamente, Taylor nunca *vio* de hecho doblar nada. En un momento dado una cuchara estaba derecha, y posteriormente aparecía retorcida. Taylor llamó a esto el «efecto timidez». Se colocaban varillas metálicas en el interior de unos tubos de plástico lacrados y los niños se los llevaban a casa. Luego regresaban con los tubos aún lacrados y las varillas dobladas. Un muchacho asombró a Taylor materializando un billete de cinco libras esterlinas dentro de un tubo.



*Uno de los muchachos que Taylor, en *Superminds*, dijo que podían doblar metales.*

Tan seguro estaba Taylor de que su elevado CI, combinado con sus conocimientos de física, le conferían la habilidad suficiente para detectar cualquier tipo de fraude, que emprendió la preparación de un gran libro titulado *Superminds* (Supermentes) (publicado en EE.UU. por Viking en 1975)¹⁰³. Seguramente pasará a la historia de la literatura pseudocientífica como uno de los libros más divertidos y simplones jamás escrito por un científico reputado. Resulta incluso más divertido que *Transcendental Physics* del profesor Johann Zöllner, inspirado por la magia psíquica del médium americano Henry Slade. El libro de Taylor está repleto de fotografías de niños sonrientes sosteniendo cubiertos que se supone han doblado mediante PC, mesas y personas flotando en el aire durante antiguas sesiones espiritistas, resplandores de fantasmas ectoplásmicos, cirujanos psíquicos operando en las islas Filipinas, Rosemary Brown mostrando una composición musical que le dictó el espíritu de Federico Chopin, y otras numerosas maravillas.

Un aspecto no menos peculiar del volumen de Taylor fue su argumento de que todos los hechos paranormales, incluyendo los milagros religiosos, resultan explicables por electromagnetismo. «El efecto Geller es un caso representativo. ¿Resultará acaso que los milagros de Jesucristo también se disuelven en especulación científica...? Este libro ha presentado el caso de un “milagro” moderno, el efecto Geller, para el que *existe* una explicación científica racional.

También se dice que esta explicación nos permite entender otros fenómenos aparentemente milagrosos: fantasmas, duendes, médiums y curación psíquica. ¿Qué ocurre, entonces, con otros milagros? ¿Pueden ser también explicados en virtud de estos recién descubiertos poderes del cuerpo y la mente humanos, así como de las propiedades de la materia ampliamente descritas en el libro?»

Después de escribir *Superminds*, de lo que esperemos esté ahora muy avergonzado, Taylor empezó poco a poco a descubrir algunos principios del parvulario del ilusionismo. Cuando el Sorprendente Randi visitó Inglaterra en 1973, Taylor se negó a verle, pero Randi se ocupó de conseguirlo por todos los medios, disfrazado de reportero gráfico. Encontrarán un divertido relato de este encuentro en el capítulo 10 de la edición rústica de Ballantine, *The Magic of Uri Geller*, de Randi. Taylor demostró ser más fácil de engañar que un niño pequeño, y sus tubos «lacrados» resultaron estar tan toscamente lacrados que Randi no tuvo ningún problema para destapar uno y volverlo a tapar de nuevo mientras Taylor no se hallaba mirando. Randi incluso consiguió doblar una barra de aluminio en un momento en que la atención de Taylor estaba fija en otra cosa, inscribiendo en ella con la uña «Doblado por Randi», y colocarla entre los artefactos psíquicos de Taylor sin que éste lo advirtiera.

Otro golpe duro para la ingenua fe de Taylor en Geller fue una prueba del «efecto timidez» realizada por dos científicos de la Universidad de Bath. Introdujeron a seis niños que doblaban metales en una habitación con un observador al que se dijo que relajara la vigilancia tras un breve período de tiempo. Al momento se produjeron todo tipo de doblamientos. Ninguno fue visto por el observador, pero la acción había sido filmada en secreto a través de un espejo unidireccional. En la película se veía, tal como los decepcionados investigadores escribieron en *Nature* (vol. 257, 4 de septiembre de 1975, p. 8): «A coloca la varilla bajo su pie para doblarla; B, E y F emplearon las dos manos para doblar la cuchara... mientras D trataba de ocultar sus manos bajo una mesa para doblar otra cuchara.»

Poco a poco, a medida que aumentaba la evidencia de que Geller era un charlatán y de que el «efecto Geller» nunca se produce bajo condiciones controladas, Taylor empezó a albergar insistentes dudas. Tras varios años de silencio, de pronto anunció su apostasía. Desde luego, él no lo llamó así. En lugar de eso, junto con un colega del Kings College escribió un artículo técnico para *Nature*, «Can Electromagnetism Account for Extrasensory Phenomena?» (¿Puede explicar el electromagnetismo los fenómenos extrasensoriales?) (vol. 276, 2 de nov., 1978, pp. 64-67; también en *Skeptical Inquirer*, primavera de 1979, p. 3).

En *Superminds*, tras considerar todas las maneras posibles de explicar fenómenos psíquicos mediante leyes conocidas, Taylor concluía que únicamente el electromagnetismo ofrecía una posibilidad viable. El trabajo de *Nature* refuerza esta idea. Según decisión de los autores, el electromagnetismo «es la única fuerza conocida que podría pensarse que se halla implicada». A continuación pasan a informar sobre una serie de pruebas cuidadosamente controladas de PES y PC realizadas con sujetos dotados. No se produjo ningún fenómeno psíquico. Cuando se relajaron los controles, tuvieron lugar los fenómenos, pero los experimentadores no pudieron detectar rastro alguno de radiación electromagnética. Su conclusión es que todos los fenómenos que investigaron, y el doblamiento de metales en particular, poseen explicaciones normales.

Pero todavía hubo más. En *Nature* (vol. 279, 14 de junio de 1979) los mismos autores publicaron una continuación a su primer trabajo. En esta segunda parte, titulada «Is there Any Scientific Explanation of the Paranormal?» (¿Existe alguna explicación científica de lo paranormal?), vuelven a subrayar el hecho de que «a nivel teórico, la única explicación científica (de las fuerzas psíquicas) podría ser el electromagnetismo». Su conclusión es que ni el electromagnetismo «ni ninguna otra teoría científica», incluyendo la mecánica cuántica, puede explicar la rdomancia, la clarividencia, o la telepatía. «Concretamente no hay razón alguna para respaldar la afirmación común de que todavía puede que quede alguna explicación científica sin descubrir. El fructífero enfoque reduccionista de la

ciencia descarta tal posibilidad, a no ser mediante la utilización de energías a las que no puede acceder el cuerpo humano por un factor de miles de millones. Tan sólo podemos concluir que la existencia de cualquiera de los fenómenos psíquicos que hemos considerado resulta muy dudosa.»

Ahora resulta muy agradable para los escépticos como yo, que también considero posibles los fenómenos psíquicos aunque «muy dudosos», dar la bienvenida a Taylor de vuelta a nuestras filas. Pero seguramente sus razones son tan poco firmes como aquellas que le convirtieron a lo paranormal hace seis años. La historia de la ciencia está llena de fenómenos observados que eran genuinos pero han tenido que esperar siglos hasta que una buena teoría los ha explicado. El magnetismo de una piedra-imán fue magia pura hasta que se formuló la moderna teoría del magnetismo, e incluso hoy día ningún físico sabe por qué la aceleración de las cargas eléctricas dentro de los átomos origina efectos magnéticos. Ni siquiera se sabe por qué la electricidad se da en unidades de carga positiva y negativa, o si los monopolos magnéticos existen tal como la teoría parece exigir.

Kepler decidió muy acertadamente, sobre la base de correlaciones confirmables, que la luna origina mareas; pero en ausencia de una teoría al respecto, incluso el gran Galileo se negó a creer en ello. Se podrían añadir cientos de otros casos en los que un fenómeno ha sido refrendado mucho tiempo antes de que una teoría lo «explicara». En este punto estoy totalmente de acuerdo con J. B. Rhine y otros parapsicólogos, que no consideran la falta de una teoría física como obstáculo alguno de cara a la aceptación de lo psíquico.

La ciencia no puede de ninguna manera descartar la posibilidad de nada, pero puede asignar grados bajos de probabilidad a afirmaciones poco usuales. A mi modo de ver, que es el modo de ver de la mayor parte de los psicólogos, los clásicos experimentos psíquicos pueden ser explicados de la manera más sencilla y plausible en términos de sesgo inconsciente del experimentador, indicio sensorial inconsciente, fraude por parte de los sujetos deseosos de demostrar sus poderes

psíquicos, y, en raras ocasiones (tales como las recientemente divulgadas en torno a S. G. Goal), fraude deliberado por parte de prestigiosos investigadores.

La cuestión central es ésta: cuando la ciencia asigna un grado bajo de credibilidad a una afirmación extraordinaria, lo hace a base de evaluar la evidencia empírica. Geller y los niños que doblan cucharas son desde luego un fraude, pero las razones que inducen a pensar esto no tienen nada que ver con el hecho de que el supuesto «efecto Geller» no esté respaldado por una adecuada teoría física. Se debe a que hoy día son muy conocidas las técnicas de prestidigitación para doblar metales de modo fraudulento, y a que el metal invariablemente se niega a doblarse siempre que los controles guardan proporción con la intemperancia de la afirmación.